

## I

Wilson estaba sentado en el balcón del hotel Bedford, con las rodillas desnudas y rosáceas apretadas contra el enrejado. Era domingo, y la campana de la catedral llamaba a maitines. Al otro lado de Bond Street, en las ventanas del instituto, las jóvenes alumnas negras, sentadas con sus blusones de gimnasia azul oscuro, se dedicaban a la tarea interminable de alisarse el pelo tieso como alambre. Wilson, meditabundo, se mesaba su bigote incipiente, a la espera de su ginebra con biter.

No miraba a Bond Street, frente a él, sino que tenía la cara vuelta hacia el mar. Su palidez, lo mismo que su desinterés por las alumnas del edificio del otro lado, delataba que no hacía mucho que había desembarcado en el puerto. Era como la aguja rezagada del barómetro, que todavía señala «Buen tiempo» mucho después de que su compañera indique «Borrasca». Abajo, en la calle, los empleados negros iban hacia la iglesia; sus mujeres, con vestidos de tarde de brillantes colores azul y cereza, no despertaron el interés de Wilson. Estaba solo en el balcón, exceptuando a un indio con barba y turbante que ya había intentado leerle la buenaventura: no era la hora ni el día de los hombres blancos; estarían en la playa, a cinco millas de allí,

pero Wilson no tenía automóvil. Se sentía casi insoportablemente solo. A ambos lados de la escuela, los tejados de hojalata descendían hacia el mar y, sobre su cabeza, la chapa ondulada producía un crujido metálico cada vez que un buitre se posaba encima.

Vio a tres oficiales mercantes del convoy del puerto que subían del muelle. Unos niños con gorras escolares les rodearon de inmediato. Wilson percibió débilmente su estribillo, como una canción infantil: «Capitán quiere chiquichiqui, mi hermana maestra chica bonita, capitán quiere chiquichiqui». Ceñudo, el indio con barba hacía cálculos complejos en el dorso de un sobre: ¿un horóscopo, el coste de la vida? Cuando Wilson volvió a mirar a la calle, los oficiales se habían abierto paso y los colegiales se habían arremolinado alrededor de un marinero: le condujeron triunfalmente hacia el burdel próximo a la comisaría, como si le llevaran al parvulario.

Un muchacho negro le trajo la ginebra y Wilson la bebió muy despacio, porque no tenía otra cosa que hacer, aparte de entrar en la habitación sórdida y calurosa y leer una novela o un poema. Le gustaba la poesía, pero la absorbía en secreto, como una droga. El *Tesoro de poesía* le acompañaba a todas partes, pero lo tomaba de noche en pequeñas dosis: un dedito de Longfellow, Macaulay, Mangan: «Sigue contando cómo, consumido, el genio, traicionado en amistad, en amor desengañado...». Tenía gustos románticos. Solo enseñaba en público su libro de Wallace. Quería a toda costa que su apariencia no le distinguiese de los demás hombres: llevaba el bigote como la corbata de un club; era su principal rasgo común, pero sus ojos le delataban: ojos castaños, de perro, ojos de setter, que contemplaban tristemente Bond Street.

—Disculpe —dijo una voz—, ¿no es usted Wilson?

Levantó la vista y vio a un hombre maduro, con los inevitables pantalones cortos caqui y una cara cansada del color del heno.

—Sí, soy yo.

—¿Puedo acompañarle? Me llamo Harris.

—Encantado, señor Harris.

—¿Usted es el nuevo contable de la UAC?

—Sí. ¿Quiere beber algo?

—Un zumo de limón, si no le importa. No puedo tomar alcohol tan temprano.

El indio se levantó de la mesa y se acercó deferentemente.

—Usted se acuerda de mí, señor Harris. Quizá pudiese hablarle a su amigo de mis habilidades. A él quizá le gustaría leer mis cartas de recomendación... —El fajo mugriento de sobres seguía en su mano—. Lo mejor de la sociedad.

—Fuera. Lárgate, viejo sinvergüenza —dijo Harris.

—¿Cómo ha sabido mi nombre? —preguntó Wilson.

—Lo he visto en un telegrama. Soy el censor de telegramas —respondió Harris—. ¡Vaya trabajo! ¡Vaya sitio!

—Veo desde aquí, señor Harris, que su fortuna ha cambiado notablemente. Si quiere entrar conmigo un momento en el cuarto de baño...

—Lárgate, Gunga Din.

—¿Por qué en el cuarto de baño? —preguntó Wilson.

—Siempre lee la buenaventura ahí. Supongo que es el único cuarto libre. Nunca se me ha ocurrido preguntarle por qué.

—¿Lleva mucho tiempo aquí?

—Dieciocho puñeteros meses.

—¿Vuelve pronto a casa?

Harris miró hacia el puerto por encima de los tejados de chapa.

—Todos los barcos van en dirección contraria —dijo—. Pero cuando consiga llegar a casa no volverán a verme por aquí.

—Bajó la voz y dijo viperinamente, por encima del zumo de limón—: Odio este sitio. Odio a esta gente. Odio a los malditos negratas. Aunque no hay que llamarles así, ya sabe.

—Mi criado parece buen chico.

—El criado propio siempre es un buen chico. Es un negro auténtico, pero esos, mírelos, mire a aquel, con una boa de plumas. Ni siquiera son negros de verdad. Son antillanos y controlan la costa. Dependientes de comercio, empleados del ayuntamiento, jueces, abogados... Dios. Está muy bien el protectorado. No tengo nada contra un negro de verdad. Dios hizo el color de la piel. Pero esos... ¡Dios! El gobierno les teme. La policía les teme. Mire ahí abajo —dijo Harris—; mire a Scobie.

Un buitre aleteó y cambió de sitio en el tejado de hierro, y Wilson miró a Scobie. Miró sin interés, por obedecer la indicación de un extraño, y no le pareció que hubiese nada especialmente notable en aquel hombre achaparrado y de cabello gris que subía solo por Bond Street. No podía saber que aquella era una ocasión de las que nunca se olvidan: una pequeña cicatriz había sido tallada en la memoria, una herida que dolería cada vez que se combinaran ciertas cosas: el sabor de la ginebra al mediodía, el olor de las flores debajo de un balcón, el tintineo de la chapa ondulada, un pajarraco volando pesadamente de una percha a otra.

—Les quiere tanto que duerme con ellos —dijo Harris.

—¿Ese uniforme es de la policía?

—Sí. Nuestro gran cuerpo de policía. «Algo perdido nunca encontrarán...», ya conoce el poema.

—No leo poesía —dijo Wilson. Sus ojos siguieron a Scobie a lo largo de la calle anegada de sol. Scobie se detuvo y cambió unas palabras con un hombre negro que llevaba un panamá blanco: pasó junto a ellos un policía negro que saludó con gesto elegante. Scobie siguió andando.

—Si la verdad se supiese... probablemente también está a sueldo de los sirios.

—¿Los sirios?

—Esto es la mismísima torre de Babel —dijo Harris—. Hay antillanos, africanos, indios de verdad, sirios, ingleses, escoceses en la oficina de obras públicas, curas irlandeses, franceses y alsacianos.

— ¿Qué hacen los sirios?

— Ganar dinero. Son dueños de todas las tiendas del interior y de la mayoría de las de aquí. Y trafican con diamantes.

— Supongo que hay mucho de eso.

— Los alemanes los compran a buen precio.

— ¿No tiene a su mujer aquí?

— ¿Quién? Oh, Scobie. Sí, la tiene aquí. Pero si yo tuviera una mujer como la suya también me acostaría con las negras. Pronto la conocerá. Es la intelectual de la ciudad. Le gusta el arte, la poesía. Organizó una exposición para los marinos que han naufragado. Poemas sobre el exilio escritos por aviadores, acuarelas pintadas por fogoneros, trabajos en metal de las escuelas de la misión, ese tipo de cosas. Pobre Scobie. ¿Otra ginebra?

— Creo que sí — dijo Wilson.

## II

Al girar en James Street, Scobie pasó por delante del secretariado. Con sus largos balcones siempre le había recordado un hospital. Durante quince años había presenciado la llegada de tandas de pacientes; periódicamente, al cabo de dieciocho meses, a algunos los mandaban a casa, amarillentos y nerviosos, y otros les reemplazaban: secretarios coloniales y de agricultura, tesoreros y directores de obras públicas. Vigilaba uno por uno sus gráficos de temperatura: el aumento de la irascibilidad, el exceso de bebida, la repentina reivindicación de sus principios después de un año de conformidad. Los empleados negros exhibían por los pasillos su porte de médicos de cabecera; toleraban alegre y respetuosamente cada insulto. El paciente siempre tenía razón.

A la vuelta de la esquina, delante del viejo algodonero, donde los primeros colonizadores se habían reunido el día de su llegada a la costa hostil, estaban los juzgados y la comisaría, un

gran edificio de piedra, como la jactancia grandilocuente de los hombres débiles. En el interior de su maciza arquitectura, el ser humano crepitaba en los pasillos como una pepita seca. Nadie hubiera podido estar a la altura de una concepción tan retórica. Pero la idea, en todo caso, no era más profunda que una simple habitación. En el oscuro y estrecho pasadizo de detrás, en la sala de acusados y en las celdas, Scobie siempre detectaba el olor de la injusticia y de la mezquindad humana: era el olor de un zoo, a serrín, a excremento, a amoníaco y a privación de libertad. Fregaban el lugar todos los días, pero era imposible eliminar el olor. Los presos y los guardias lo llevaban en la ropa, como el humo de tabaco.

Scobie subió los grandes escalones y giró a la derecha para dirigirse a su despacho por el techado corredor exterior: una mesa, dos sillas de cocina, un armario, unas esposas oxidadas que colgaban de un clavo como un sombrero viejo, un fichero. A un extraño le hubiera parecido un cuarto incómodo y oscuro; para Scobie era su hogar. Otros hombres creaban una atmósfera hogareña acumulando cosas: un cuadro nuevo, más y más libros, un pisapapeles de forma rara, el cenicero comprado por un motivo olvidado en unas vacaciones olvidadas; Scobie construía su hogar mediante un proceso de reducción. Había comenzado quince años antes con muchas más cosas. Entonces había habido una fotografía de su mujer, almohadones de cuero lustrosos comprados en el mercado, un butacón, un mapa grande y a color del puerto en la pared. Hombres más jóvenes se habían llevado prestado el mapa; a él ya no le servía, conocía al dedillo el litoral entero de la colonia; su territorio abarcaba desde Kufa Bay hasta Medley. En cuanto a los almohadones y al butacón, pronto había descubierto que aquellas comodidades solo servían para hacer más calurosa una ciudad. El cuerpo sudaba siempre que algo lo tocaba o envolvía. Por último, la presencia de su mujer había vuelto innecesaria la fotografía. Ella se había reunido con él en el primer año de la «guerra de broma», y ahora

no podía irse; el peligro de los submarinos la había convertido en un accesorio tan fijo como las esposas colgadas del clavo. Era, además, una foto muy antigua, y ya no quería recordar el rostro aún sin formar, la expresión tranquila y amable de una joven inexperta y los labios obedientemente separados en la sonrisa que el fotógrafo había pedido. Quince años esculpen una cara, la amabilidad se retira de ella a medida que crece la experiencia, y Scobie conservaba la conciencia de su responsabilidad. Él había trazado la ruta; él había elegido la experiencia que ella había ido adquiriendo. Él había dado forma a su cara.

Se sentó ante su mesa desnuda y casi inmediatamente resonó en la entrada el talonazo de su sargento mendé.

—¿Señor?

—¿Alguna novedad?

—El comisario quiere verle, señor.

—¿Alguna detención?

—Dos negros riñendo en el mercado, señor.

—¿Asunto de faldas?

—Sí, señor.

—¿Algo más?

—La señorita Wilberforce quiere verle, señor. Le digo que usted estaba en la iglesia y ella dice que vuelve luego, pero se queda. Dice que no se mueve.

—¿Quién es esa señorita Wilberforce, sargento?

—No sé, señor. Viene de Sharp Town, señor.

—Bueno, la veré después de ver al comisario. Pero a nadie más, recuerda.

—Muy bien, señor.

Al recorrer el pasillo hacia el despacho del comisario, Scobie vio a la chica sentada en un banco contra la pared, sola; no la miró dos veces; solo captó la vaga impresión de una cara africana, joven y negra, y de un vestido radiante de algodón; después no pensó más en ella, sino en lo que le diría al comisario. Toda la semana lo había estado pensando.

—Siéntese, Scobie.

El comisario era un viejo de cincuenta y tres años. Allí se contaba la edad por los años que un hombre había trabajado en la colonia. Con veintidós años de servicio, el comisario era el más viejo, del mismo modo que el gobernador era un mozalbete de sesenta comparado con cualquier oficial de distrito que tuviese cinco años de experiencia a sus espaldas.

—Después de este turno me jubilo, Scobie —dijo el comisario.

—Lo sé.

—Supongo que todo el mundo lo sabe.

—He oído a los hombres comentarlo.

—Y sin embargo usted es el segundo a quien se lo digo. ¿No dicen quién va a sustituirme?

—Saben quién *no* va a sustituirle.

—Es una injusticia enorme —dijo el comisario—. No puedo hacer más de lo que he hecho, Scobie. Tiene usted un talento increíble para hacerse enemigos. Como Arístides el Justo.

—No creo que yo sea tan justo.

—La cuestión es: ¿qué quiere hacer? Van a mandar de Gambia a un tal Baker. Es más joven que usted. ¿Quiere dimitir, jubilarse, un traslado?

—Quiero quedarme —dijo Scobie.

—A su mujer no le gustará.

—Llevo aquí demasiado tiempo para irme.

Pensó: «Pobre Louise, si le hubiese dejado decidir, ¿dónde estaríamos ahora?». Admitió en el acto que no estarían allí, sino en un sitio mucho mejor, con mejor clima, mejor sueldo, mejor posición. Ella habría aprovechado toda oportunidad de prosperar: habría escalado ágilmente la escalera y habría dejado atrás a las serpientes. «Yo la traje aquí», pensó, con el extraño y premonitorio sentimiento de culpa que experimentaba siempre, como si fuera responsable de algo futuro que ni siquiera podía prever. Dijo en voz alta:

—Usted sabe que me gusta esto.

—Creo que sí. Me pregunto por qué.

—Es bonito al atardecer —dijo Scobie, evasivamente.

—¿Sabe el último bulo que corre contra usted en el secretariado?

—¿Que estoy a sueldo de los sirios?

—Todavía no han llegado tan lejos. Ese es el paso siguiente. No; que se acuesta con muchachas negras. Ya sabe cómo son las cosas, Scobie; debería haber flirteado con la mujer de alguno de ellos. Lo toman como un insulto.

—Quizá debería acostarme con alguna negra. Así no tendrán que inventar otra cosa.

—Su predecesor se acostaba con docenas —dijo el comisario—, y a nadie le molestaba. Contra él tramaron otra cosa. Dijeron que bebía a escondidas. Así se sentían mejor bebiendo en público. Qué hatajo de cerdos, Scobie.

—El subjefe del secretariado no es mal chico.

—No, el subjefe es buena gente —rio el comisario—. Es usted terrible, Scobie. Scobie el Justo.

Scobie regresó por el pasillo; la chica estaba sentada en la oscuridad. Estaba descalza y sus pies, uno junto a otro, parecían moldes de un museo; no concordaban con el vestido claro de algodón.

—¿La señorita Wilberforce? —preguntó Scobie.

—Sí, señor.

—No vive aquí, ¿verdad?

— ¡No! Vivo en Sharp Town, señor.

—Bien, entre.

Le hizo pasar al despacho y se sentó delante del escritorio. No había ningún lápiz encima y abrió el cajón. Allí, solamente allí, se habían acumulado objetos: cartas, gomas de borrar, un rosario roto..., pero ningún lápiz.

—¿Qué se le ofrece, señorita Wilberforce?

La mirada de Scobie captó una instantánea de un grupo de bañistas en Medley Beach: su mujer, la mujer del secretario co-

lonial, el director de educación, con algo en la mano que parecía un pescado muerto, y la mujer del tesorero colonial. Toda aquella extensión de piel blanca hacía que pareciesen una partida de albinos, y la risa había abierto la boca de todos.

—Mi casera —dijo la chica— rompió la casa anoche. Entra cuando ya estaba oscuro y tira todos los tabiques y me roba el cofre con todas mis cosas.

—¿Tiene usted muchos inquilinos?

—Solo tres, señor.

Scobie sabía ya exactamente de qué se trataba: una persona alquilaba una choza de una sola habitación por cinco chelines a la semana, levantaba unos cuantos tabiques delgados y realquilaba los espacios resultantes por media corona cada uno: una casa de vecindad horizontal. Cada hueco solía estar amueblado con una caja que contenía un poco de loza y vasos «regalados» por o robados a un antiguo patrón, una cama hecha de tablas de embalaje y un quinqué. El cristal de los quinqués nunca duraba mucho, y la llama al descubierto siempre corría el riesgo de entrar en contacto con gotas de petróleo derramadas; lamía los tabiques de contrachapado y provocaba innumerables incendios. A veces la dueña irrumpía en la casa y derribaba los tabiques peligrosos; a veces robaba los quinqués de sus inquilinos y la onda de su robo formaba círculos cada vez más grandes de hurto de lámparas hasta que llegaban al barrio europeo y eran la comidilla del club.

—Su casera —dijo secamente Scobie— se queja de que usted causa muchos problemas. Demasiados inquilinos, demasiados quinqués.

—No, señor. Los líos no son por los quinqués.

—Entonces son de mujeres, ¿eh? ¿Usted es una mala chica?

—No, señor.

—¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué no ha ido a ver al cabo Laminah de Sharp Town?

—Es el hermano de mi casera, señor.

—Sí, ¿eh? ¿Del mismo padre y la misma madre?

—No, señor. Del mismo padre.

La entrevista parecía un rito entre un cura y su monaguillo. Él sabía exactamente lo que ocurriría cuando uno de sus hombres investigase el caso. La propietaria diría que había ordenado a la inquilina que desmontara los tabiques, y que como no le había obedecido, había procedido a actuar por su cuenta. Negaría la existencia del cofre de loza. El cabo confirmaría esto último. Luego se descubriría que no era hermano de la dueña, sino que tenía con ella un parentesco impreciso; probablemente, una relación poco honrosa. Los sobornos —conocidos con el nombre respetable de regalos— pasarían de unas manos a otras; la tormenta de indignación, que tan sincera había parecido, amainaría, los tabiques se instalarían de nuevo, nadie volvería a saber una palabra del cofre y varios policías se habrían embolsado un par de chelines. En sus comienzos, Scobie había iniciado esas investigaciones; una y otra vez había tomado partido, defendiendo a quien él creía el pobre e inocente inquilino ante el rico y culpable propietario. Pero pronto descubrió que la culpabilidad y la inocencia eran tan relativas como la riqueza. El inquilino agraviado resultaba ser, a su vez, el capitalista acaudalado, que obtenía una ganancia de cinco chelines semanales por cada habitación y que vivía sin pagar alquiler. Posteriormente había intentado resolver estos casos en su mismo origen: razonaba con la demandante y le informaba de que la investigación sería infructuosa e inevitablemente le costaría tiempo y dinero; en ocasiones incluso se negaba a investigar. Consecuencia de esta pasividad habían sido las piedras arrojadas contra la ventanilla de su automóvil, los neumáticos rajados y el apodo de «hombre malo» que le había perseguido durante un largo y triste turno de servicio; le afectaba de un modo exagerado en aquel lugar húmedo y caluroso; no lograba tomárselo a la ligera. Ya había empezado a ansiar la confianza y el afecto de aquellas gentes. Ese año

contrajo malaria y estuvieron a punto de darle la invalidez permanente.

La chica aguardaba su decisión pacientemente. Tenían una paciencia infinita cuando era necesario; su impaciencia era igualmente ilimitada cuando podían conseguir algo con ella. Eran capaces de pasarse un día entero sentados en silencio en el patio de un hombre blanco para implorarle algo que él no tenía poder para otorgar, o de chillar, pelear e insultar para que les sirviesen en un comercio antes que al vecino. Scobie pensó: «Qué hermosa es». Era extraño pensar que quince años antes no habría reparado en su belleza: los pechos menudos y altos, las muñecas minúsculas, el empuje de las nalgas jóvenes; no la hubiera podido distinguir de sus iguales: era una negra. En aquellos tiempos había considerado a su mujer hermosa. Una piel blanca no le recordaba todavía la noción de un albino. Pobre Louise.

—Dele esta nota al sargento que está en la mesa —dijo.

—Gracias, señor.

—No hay de qué —sonrió—. Procure decirle la verdad.

La observó mientras salía del oscuro despacho como si encarnara quince años perdidos.

### III

Scobie había sido derrotado en la guerra inacabable por el alojamiento. Durante su último permiso había perdido su bungalow de Cape Station, el principal barrio europeo, en beneficio de un inspector de sanidad llamado Fellowes, y se había visto relegado a una casa cuadrada de dos pisos, construida originalmente para un negociante sirio en la zona de llanos: una parcela de ciénaga edificada que revertiría al cieno primitivo en cuanto las lluvias empezaran. Las ventanas tenían una vista directa del mar por encima de una hilera de casas criollas; al otro lado de la

calle, unos camiones reculaban y maniobraban en un campamento militar de transporte, y los buitres paseaban como pavos domésticos por los vertederos del regimiento. Detrás, los bungalós del barrio se extendían asentados sobre la cadena de montecillos, entre nubes bajas; los quinqués estaban encendidos todo el día dentro de las alacenas y el moho recubría las botas; eran, no obstante, las casas de los hombres de su rango. Para las mujeres era muy importante estar orgullosas de sí mismas, de sus maridos, de su entorno. Scobie pensaba que rara vez se enorgullecían de lo invisible.

—Louise —llamó—, Louise.

No había por qué llamarla: si no estaba en la salita no podía estar más que en el dormitorio (la cocina era un simple cobertizo en el patio, enfrente de la puerta trasera). Pero tenía la costumbre de gritar su nombre, una costumbre que había adquirido en los días de ansiedad y de amor. Cuanto menos necesitaba a Louise, mayor conciencia tenía de la responsabilidad de hacerla feliz. Cuando la llamaba por su nombre estaba clamando como el rey Canuto contra una marea: la marea de la melancolía y el desencanto de su esposa.

En los viejos tiempos ella había contestado, pero no era una persona tan de costumbres como él; no tan falsa, pensaba él a veces. La bondad y la compasión no ejercían efecto sobre ella; nunca hubiera fingido una emoción que no sentía y, como un animal, sucumbía por completo al malestar momentáneo y se recobraba con celeridad. Cuando la encontró en el dormitorio, debajo del mosquitero, su aspecto le recordó a un perro o a un gato, tan ausente estaba. Tenía el pelo deslustrado, los ojos cerrados. Él se quedó inmóvil, como un espía en un país extranjero; en realidad, estaba en territorio extraño. Si para él el hogar significaba la reducción de las cosas a un mínimo inmutable y amistoso, para ella entrañaba acumulación. El tocador estaba lleno de tarros y fotografías: él mismo, Scobie, de joven, con el uniforme de oficial extrañamente anticuado de la última guerra;

la mujer del magistrado, a quien ella, de momento, consideraba su amiga; la única hija de ambos, que había muerto en el colegio, en Inglaterra, tres años antes: la cara piadosa de una chiquilla de nueve años vestida con la muselina blanca de la primera comunión; incontables fotos de Louise, con grupos de enfermeras, con los invitados del almirante en Medley Beach; en un páramo de Yorkshire, con Teddy Bromley y su mujer. Era como si estuviese amontonando pruebas de que ella también tenía amigos, como las demás personas. Él la observó a través de la red de muselina. Su cara tenía la tonalidad marfileña de la atabrina; su pelo, que antaño había sido del color de la miel embotellada, era ahora moreno y estaba pegajoso de sudor. Era en estos momentos de fealdad cuando la amaba, cuando la piedad y la responsabilidad alcanzaban la intensidad de la pasión. Fue la piedad la que le aconsejó marcharse: no hubiera despertado del sueño a su peor enemigo, y mucho menos a Louise. Salió de puntillas y bajó las escaleras. (Aquellas escaleras interiores no existían en ninguna otra vivienda de la ciudad de bungalós, excepto en la Casa de Gobierno, y ella había intentado convertir las en un motivo de orgullo, clavando alfombras y cuadros en la pared.) En el cuarto de estar había una librería llena de libros de Louise, esteras en el suelo, una máscara indígena de Nigeria, más fotografías. Todos los días había que limpiar los libros para quitarles la humedad, y Louise no había logrado disimular del todo, con unas cortinas vistosas, la fresquera que hundía cada pata en una pequeña y esmaltada palangana con agua para que no treparan las hormigas. El criado estaba poniendo la mesa del almuerzo para una sola persona.

Era bajo y rechoncho, con la cara ancha, fea y agradable de los temné. Sus pies descalzos azotaban el suelo como un par de guantes vacíos.

—¿Qué le pasa a la señora? —preguntó Scobie.

—Estómago revuelto —dijo Ali.

Scobie sacó una gramática mendé de la librería; estaba escon-

dida en el estante de abajo, donde sus tapas viejas y raídas eran menos visibles. En las estanterías superiores estaban las filas endeblés de los autores que leía Louise: poetas modernos, no muy jóvenes, y las novelas de Virginia Woolf. No pudo concentrarse: hacía demasiado calor y la ausencia de su mujer era como una compañía parlanchina que le recordase su responsabilidad. Un tenedor cayó al suelo y Scobie observó a Ali limpiándolo a hurtadillas con la manga; lo observó con afecto. Llevaban juntos quince años —un año más que los de matrimonio—; era un criado muy duradero. Había empezado como el simple «chico»; luego había sido ayudante del camarero en los tiempos en que tenían cuatro criados, y ahora era el camarero a secas. A la vuelta de todas las vacaciones, Ali esperaba en el atracadero para ocuparse del equipaje con tres o cuatro porteadores harapientos. Durante esos periodos de descanso mucha gente trataba de birlarle los servicios de Ali, pero él no había faltado nunca a la cita en el muelle, menos una vez que estaba en la cárcel. El encarcelamiento no implicaba deshonor; era un escollo que no se podía esquivar eternamente.

—Ticki —gimió una voz, y Scobie se levantó en el acto—. Ticki.

Subió al piso de arriba.

Su mujer estaba incorporada debajo del mosquitero, y por un momento él tuvo la impresión de que era un trozo de carne en una vitrina. Pero la compasión pisó los talones a esta imagen cruel y la espantó.

—¿Te sientes mejor, querida?

—Ha venido la señora Castle —dijo Louise.

—Motivo de sobra para que uno enferme —dijo Scobie.

—Me ha estado hablando de ti.

—¿Qué te ha dicho?

Él le dirigió una sonrisa radiante y falsa; hasta ese punto la vida consistía en eludir la desdicha una vez más. Nada se perdía aplazando las cosas. Tenía la tenue idea de que si uno las apla-

zaba el tiempo necesario, quizá la muerte acabase por arrebatárselas totalmente de las manos.

—Dice que el comisario se jubila y que no te han tenido en cuenta.

—Su marido habla demasiado en sueños.

—¿Es verdad?

—Sí, lo sé desde hace semanas. En realidad no tiene importancia, querida.

—No voy a atreverme a volver por el club.

—No es para tanto. Estas cosas pasan, ya sabes.

—Dimitirás, ¿verdad, Ticki?

—No creo que pueda, querida.

—La señora Castle está de nuestra parte. Está furiosa. Dice que todo el mundo habla de eso y que circulan chismes. Querido, no estás a sueldo de los sirios, ¿verdad?

—No, querida.

—Me he llevado tal disgusto que he salido de misa antes de que terminara. Es una mezquindad por su parte, Ticki. No puedes permitir que te hagan eso. Tienes que pensar en mí.

—Lo hago. Constantemente. —Se sentó en la cama, deslizó la mano por debajo del mosquitero y tocó la de ella. Perlas de sudor se estaban formando donde la piel de ambos se tocaba. Dijo—: Claro que pienso en ti, cariño. Pero llevo quince años aquí. Estaría perdido en cualquier otro sitio, aunque me diesen otro trabajo. Que no me hayan ascendido no es precisamente una recomendación.

—Podríamos jubilarnos.

—La pensión no da para vivir.

—Estoy segura de que podría ganar algo escribiendo. La señora Castle dice que debería dedicarme profesionalmente. Con toda esta experiencia. —Louise miró a través de la muselina blanca hacia el tocador: allí su mirada tropezó con la de otra cara nimbada de muselina blanca y apartó los ojos—. Ojalá pudiéramos irnos a Sudáfrica. No soporto a la gente de aquí.

—Quizá pudiera conseguirte un pasaje. Últimamente no ha habido muchos naufragios en esa ruta. Deberías tomarte unas vacaciones.

—Hubo una época en que tú también querías jubilarte. Contabas los años. Hacías planes... para todos nosotros.

—Oh, bueno, uno cambia.

—Entonces no pensabas que ibas a quedarte solo conmigo —dijo ella, inmisericorde.

Él apretó su mano sudorosa contra la de ella.

—Qué tonterías dices, querida. Tienes que levantarte y comer algo...

—¿Quieres a alguien, Ticki, aparte de a ti mismo?

—No, solo me quiero a mí mismo y basta. Y a Ali. Me olvidaba de Ali. También lo quiero a él, por supuesto. Pero a ti, no —siguió diciendo, con tono de burla trillada y mecánica, mientras le acariciaba la mano y sonreía, tranquilizador.

—¿Y a la hermana de Ali?

—¿Tiene una hermana?

—Todos tienen hermanas, ¿no? ¿Por qué no has ido a misa hoy?

—Esta mañana he tenido guardia, querida. Ya lo sabías.

—Podías haberla cambiado. No tienes mucha fe, ¿verdad, Ticki?

—Tú tienes por los dos, querida. Baja a comer algo.

—Ticki, a veces pienso que te hiciste católico simplemente para casarte conmigo. No significa nada para ti, ¿no es cierto?

—Escucha, cariño, haz el favor de bajar a comer algo. Luego das una vuelta en el coche por la playa y tomas un poco de aire fresco.

—Qué distinto habría sido el día —dijo ella, con la mirada perdida más allá del mosquitero— si hubieras venido a casa y me hubieses dicho: «Querida, voy a ser comisario».

Scobie habló despacio:

—Verás, querida, en un sitio así y en tiempo de guerra... Es un puerto importante; con los franceses de Vichy al otro lado de la

frontera, con todo ese contrabando de diamantes desde el protectorado, necesitan un hombre más joven.

No creía una palabra de lo que estaba diciendo.

—No había pensado en eso.

—Es la única razón. No es culpa de nadie. Es la guerra.

—La guerra lo echa todo a perder, ¿verdad?

—Ofrece una oportunidad a los más jóvenes.

—Creo, querido, que voy a bajar a comer un poco de fiambre.

—Así me gusta, querida. —Retiró la mano: chorreaba de sudor—. Voy a decírselo a Ali.

Una vez abajo, se asomó a la puerta trasera y gritó «¡Ali!».

—¿*Massa*?

—Pon dos cubiertos. La señora está mejor.

Desde el mar llegaba la primera y débil brisa del día, soplando por encima de los arbustos y entre las chozas criollas. Un buitre alzó pesadamente el vuelo desde el techo de hojalata y se posó en el patio de la casa contigua. Scobie respiró hondo; se sentía exhausto y victorioso: había convencido a Louise de que tomase un poco de carne. Siempre había asumido la responsabilidad de mantener la dicha de las personas a quienes quería. Una ya estaba a salvo para siempre y la otra se disponía a almorzar.

#### IV

Al atardecer, el puerto estaba hermoso durante quizá cinco minutos. Las calles de laterita, de día tan feas y recargadas de arcilla, adquirirían una delicada tonalidad color de rosa. Era la hora más feliz. Hombres que habían abandonado el puerto para siempre recordarían a veces, en una noche gris y lluviosa de Londres, el resplandor y el florecimiento que se desvanecían apenas surgidos: se preguntarían por qué habían odiado la costa y, durante el tiempo que tardaban en beberse una copa, ansiarían volver.

Scobie detuvo su Morris en una de las grandes curvas de la cuesta y miró atrás. Llegó demasiado tarde. La flor se había marchitado y su tono rosado se diluía en el cielo; las piedras blancas que perfilaban el contorno de la escarpada colina brillaban como velas en el nuevo crepúsculo.

—No sé si habrá alguien, Ticki.

—Seguro. Esta noche hay biblioteca.

—Date prisa, querido. Me asfixio aquí dentro. Me alegraré cuando lleguen las lluvias.

—¿En serio?

—Con tal de que duraran uno o dos meses y luego acabaran.

Scobie dio la respuesta adecuada. No escuchaba nunca mientras su mujer hablaba. Trabajaba sin interrupción oyendo el caudal de sonido uniforme, pero si sonaba una nota de angustia la percibía en el acto. Como un radiotelegrafista ante una novela abierta, desatendía toda señal que no fuera el símbolo del barco y el mensaje de sos. Incluso trabajaba mejor cuando ella hablaba que cuando estaba callada, pues mientras su tímpano registrase aquellos sonidos tranquilos —el chismorreo del club, comentarios sobre el sermón del padre Rank, la trama de una nueva novela y hasta quejas a causa del tiempo— sabía que todo iba bien. Era el silencio lo que interrumpía su trabajo, un silencio en el que, al levantar la vista, podría ver lágrimas que reclamaran su atención.

—Corre el rumor de que hundieron todos los barcos frigoríficos la semana pasada.

Mientras ella hablaba, él consideró su plan para el barco portugués que entraría en puerto en cuanto abrieran la barrera por la mañana. La llegada de un barco neutral, cada quince días, proporcionaba la ocasión de una salida a los funcionarios subalternos: un cambio de comida, unos vasos de auténtico vino, hasta la oportunidad de comprarle a una chica algún detalle en la tienda del barco. A cambio solo tenían que ayudar a la policía de seguridad en el examen de pasaportes y el registro de los ca-

marotes de los sospechosos. Todo el trabajo desagradable y duro lo hacía la policía en la bodega, cribando sacos de arroz en busca de diamantes, o en el calor de la cocina, hundiendo la mano en latas de manteca y destripando pavos rellenos. Era absurdo tratar de encontrar un puñado de diamantes en un buque de quince mil toneladas: ningún ogro en un cuento de hadas había impuesto jamás una tarea más imposible a una doncella, y sin embargo, con la misma regularidad con que arribaban barcos, se transmitían los mismos telegramas en clave: «Tal y tal pasajero de primera clase, sospechosos de llevar diamantes. Los siguientes miembros de la tripulación son sospechosos...». Nadie encontraba nunca nada. Scobie pensó: «Le toca a Harris subir a bordo, y que le acompañe Fraser. Soy viejo ya para estas excursiones. Deja que los chicos se diviertan un poco».

—La última vez llegaron estropeados la mitad de los libros.

—Ah, ¿sí?

A juzgar por el número de coches, pensó él, todavía no había mucha gente en el club. Apagó las luces y esperó a que Louise se moviera, pero ella seguía sentada, y a la luz del tablero de mandos vio su puño cerrado.

—Bueno, querida, ya estamos —dijo con su voz campechana, que quienes no le conocían consideraban un signo de estupidez.

—¿Tú crees que ya lo sabrá todo el mundo? —preguntó Louise.

—¿Saber qué?

—Que no te han ascendido.

—Querida mía, creía que habíamos zanjado ese asunto. Mira todos los generales que han sido relegados desde 1940. No van a preocuparse por un subcomisario.

—Pero yo no les gusto —dijo ella.

Pobre Louise, pensó, es terrible no gustar a los demás, y se remontó mentalmente a la experiencia de aquel primer año en que los negros le habían rajado los neumáticos y escrito insultos en el automóvil.

—Pero qué absurda eres, querida. No he conocido a nadie que tenga más amigas que tú. —Empezó a nombrarlas, sin convicción—: La señora Halifax, la señora Castle...

Enseguida decidió que no valía la pena enumerarlas.

—Estarán todas esperando —dijo ella—, esperando simplemente a verme entrar... Yo no quería venir al club esta noche. Vámonos a casa.

—No podemos. Ahí llega el coche de la señora Castle. —Intentó reírse—. Estamos atrapados, Louise.

Vio que su puño se abría y cerraba, vio el polvo húmedo e ineficaz asentado como nieve sobre las crestas de los nudillos.

—Oh, Ticki, Ticki —dijo ella—, no me dejarás nunca, ¿verdad? No tengo ningún amigo, ninguno desde que los Barlow se fueron.

Él levantó la mano húmeda de Louise y le besó la palma: se sintió obligado a hacerlo por su patética carencia de atractivos.

Entraron el uno al lado del otro, como una pareja de policías haciendo la ronda, en el salón donde la señora Halifax estaba distribuyendo los libros de la biblioteca. Rara vez las cosas son tan malas como tememos: no había razón para creer que habían sido el tema de conversación.

—¡Qué bien! ¡Qué bien! —les gritó la señora Halifax—. Ha llegado el último libro de Clemence Dane.

Era la mujer más inofensiva de la colonia; tenía el pelo largo y desgreñado, y uno encontraba dentro de los libros de la biblioteca horquillas que ella había utilizado para marcar la página por donde iba. Scobie juzgó plenamente seguro dejar a su mujer en su compañía, porque la señora Halifax no tenía maldad ni capacidad para la habladería; su memoria era tan mala que no retenía nada durante mucho tiempo: leía las mismas novelas una y otra vez sin darse cuenta.

Scobie se unió a un grupo en el mirador. Fellowes, el inspector de sanidad, estaba hablando violentamente con Reith, el subsecretario colonial, y un oficial de la marina llamado Brigstock.

—Al fin y al cabo esto es un club —decía—, no una cantina ferroviaria.

Desde que Fellowes le había escamoteado la casa, Scobie había hecho lo posible para que el hombre le cayera simpático; ser un buen perdedor era una de las normas por las que regía su conducta. Pero a veces le resultaba muy difícil sentir simpatía por Fellowes. El caluroso anochecer no le había sentado muy bien: el pelo fino, húmedo y rojizo, el bigotito tieso, los ojos saltones, las mejillas coloradas y la vieja corbata universitaria.

—En efecto —dijo Brigstock, tambaleándose ligeramente.

—¿Cuál es el problema? —preguntó Scobie.

—Se cree que no somos lo bastante exclusivos —dijo Reith. Habló con la ironía comfortable de un hombre que en su época había sido completamente exclusivo, que en realidad había excluido de su solitaria mesa del protectorado a todos menos a sí mismo.

—Hay límites —dijo Fellowes, acaloradamente, y se palpó la corbata para darse confianza.

—Así es —dijo Brigstock.

—Sabía que ocurriría —continuó Fellowes—, en cuanto hiciéramos socios honorarios a todos los oficiales de la ciudad. Tarde o temprano empezarían a traer a indeseables. No soy un esnob, pero en un sitio así hay que establecer límites, por consideración a las mujeres. Estas cosas no pasan en Inglaterra.

—Pero ¿qué ha pasado? —insistió Scobie.

—Los socios honorarios —respondió Fellowes— no deben tener derecho a traer invitados. El otro día, sin ir más lejos, trajeron a un soldado raso. El ejército puede ser democrático, si quiere, pero no a costa nuestra. Y otra cosa es que ahora mismo no hay bebida para todos, y encima vienen.

—Eso es cierto —dijo Brigstock, balanceándose con mayor agitación.

—Me encantaría saber de qué están hablando —dijo Scobie.

—El dentista del 49 ha traído a un civil que se llama Wilson,

y ese Wilson quiere hacerse socio. Lo cual pone a todo el mundo en una situación muy incómoda.

—¿Qué tiene él de malo?

—Es uno de los empleados de la UAC. Puede hacerse socio del club de Sharp Town. ¿Qué se le ha perdido aquí?

—Ese club no funciona —dijo Reith.

—Eso es culpa de ellos, ¿no?

Por encima del hombro del inspector de sanidad Scobie veía la amplitud enorme de la noche. Las luciérnagas emitían señales luminosas aquí y allá en el perfil de la colina, y el farol de una patrullera que navegaba por la bahía solo se distinguía por su estabilidad.

—Hora del apagón\* —dijo Reith—. Más vale que entremos.

—¿Quién es Wilson? —le preguntó Scobie.

—Aquel de allí. El pobre diablo parece muy solo. Llegó hace pocos días.

Wilson estaba incómodamente solo entre la selva de butacas, fingiendo que miraba un mapa en la pared. Su cara pálida brillaba y rezumaba como yeso. Evidentemente había comprado su traje tropical a un proveedor marítimo que le había endilgado un género invendible: era de rayas estrafalarias y de color hígado.

—Usted es Wilson, ¿verdad? —dijo Reith—. He visto su nombre hoy en el libro del secretario colonial.

—Sí, soy yo.

—Me llamo Reith. Soy el subsecretario. Este es Scobie, el subcomisario.

—Le he visto pasar esta mañana por el hotel Bedford, señor.

A Scobie le pareció que había indefensión en la actitud de Wilson: estaba a la expectativa de que la gente se mostrara hostil o amistosa; parecía esperar tanto una reacción como la otra.

\* Medida de protección contra los bombardeos en tiempo de guerra, que consiste en apagar o tapar toda luz artificial. (*N. del T.*)

Era como un perro. Nadie había trazado todavía en su rostro los rasgos que configuran a un ser humano.

—Tome una copa, Wilson.

—No le diré que no, señor.

—Esta es mi mujer —dijo Scobie—. Louise, el señor Wilson.

—He oído ya muchas cosas de él —dijo Louise, con sequedad.

—Ya ve, es usted famoso, Wilson —dijo Scobie—. Es un hombre de la ciudad que se ha colado en el club Cape Station.

—No sabía que estuviese haciendo algo malo. El comandante Cooper me invitó.

—Eso me recuerda —dijo Reith— que tengo que concertar una cita con Cooper. Creo que tengo un absceso.

Se retiró.

—Cooper me estuvo hablando de la biblioteca —dijo Wilson— y pensé que quizá...

—¿Le gusta leer? —preguntó Louise, y Scobie comprendió con alivio que iba a ser amable con el pobre diablo. Con Louise nunca se sabía del todo. A veces se comportaba como la peor de la colonia, y entonces pensó con piedad que tal vez ahora ella creía que no podía permitírselo. Acogía bien a cualquier cara nueva que no «supiera».

—Pues —dijo Wilson, y se manoseó desesperadamente el bigote ralo—, pues...

Era como si estuviese juntando fuerzas para una gran confesión o una gran huida.

—¿Novelas policiacas? —preguntó Louise.

—No me disgustan —dijo Wilson, nervioso—. Leo algunas.

—A mí me gusta la poesía —dijo Louise.

—La poesía —repitió Wilson—; sí.

Retiró de mala gana los dedos del bigote, y algo en su expresión casi canina de gratitud y esperanza indujo a Scobie a pensar, dichoso: ¿le habré encontrado por fin un amigo a Louise?

—También a mí me gusta la poesía —dijo Wilson.

Scobie se encaminó hacia el bar: una vez más se le quitaba un

peso de encima. La velada no era un fracaso: ella volvería a casa contenta, se acostaría contenta. Durante una noche el humor no cambiaba, y la satisfacción subsistiría hasta que él se marchara por la mañana al trabajo. Podría dormir...

Vio a un grupo de sus subordinados en la barra. Estaban Fraser, Tod y un recién llegado de Palestina que tenía el singular apellido de Thimblerigg. Scobie dudó en acercarse. Se estaban divirtiendo, y no les apetecería la compañía de su superior.

—Un descaro increíble —estaba diciendo Tod. Probablemente hablaban del pobre Wilson. Antes de poder alejarse oyó la voz de Fraser.

—Ya ha recibido su castigo. Se le ha enganchado Louise, la literata.

Thimblerigg lanzó una carcajada breve, como un borboteo, y una burbuja de ginebra empezó a formarse en su labio carnoso.

Scobie volvió a entrar rápidamente en el salón. Se desplomó en una butaca y se quedó inmóvil. Su vista fue recobrando, entre una serie de tics, el foco, pero le entraron gotas de sudor en el ojo derecho. Los dedos que las enjugaron temblaban como los de un borracho. Se dijo: «Cuidado. Este clima no permite emociones. Es un clima para la ruindad, la malevolencia, el esnobismo, pero algo como el amor o el odio hace perder la cabeza a un hombre». Recordó que a Bowers le habían devuelto a Inglaterra por asestar un puñetazo al edecán del gobernador en una fiesta, y que el misionero Makin había acabado sus días en un manicomio de Chislehurst.

—Hace un calor infernal —le dijo a alguien que se perfiló vagamente a su espalda.

—Tiene mala cara, Scobie. Beba algo.

—No, gracias. Tengo que hacer una ronda de inspección.

Louise estaba hablando animadamente con Wilson detrás de las estanterías, pero Scobie sentía que la maldad y el esnobismo del mundo la iban sitiando, como lobos. Ni siquiera le dejaban que disfrutase de sus libros, pensó, y la mano empezó a tem-

blarle otra vez. Al acercarse, le oyó decir, imitando el estilo amable de lady Bountiful:

— Tiene que venir un día a cenar con nosotros. Tengo muchos libros que podrían interesarle.

— Me encantaría — dijo Wilson.

— Llámenos por teléfono y cenaremos lo que haya.

Scobie pensó: «¿Qué valen esos otros para tener el valor de mofarse de un ser humano?». Él conocía cada uno de los defectos de Louise. ¡Cuántas veces había hecho una mueca de disgusto cuando ella trataba con desconocidos! Conocía cada frase, cada entonación que le restaba amistades. A veces anhelaba aconsejarla: no lloves ese vestido, no vuelvas a decir eso, como una madre haría con su hija, pero tenía que guardar silencio, afligido por la certeza de que ella perdería amigos. Lo peor fue cuando detectó en sus colegas una cordialidad excesiva, como si le compadecieran. «¿Qué derecho tenéis a criticarla?», ansiaba gritarles. «Es obra mía. Es lo que yo he hecho de ella. No era así antes.»

Se aproximó bruscamente a ellos y dijo:

— Cariño, tengo que hacer la ronda.

— ¿Ya?

— Lo siento.

— Yo me quedo, querido. La señora Halifax me llevará a casa.

— Me gustaría que vinieras conmigo.

— ¿Qué? ¿A hacer la ronda? Hace siglos que no voy.

— Precisamente por eso me gustaría que me acompañaras.

Levantó la mano de Louise y la besó: era un desafío. Proclamaba así delante de todo el club que no había que compadecerle, que amaba a su mujer, que eran felices. Pero nadie de los que importaban lo vio: la señora Halifax estaba ocupada con los libros, Reith se había ido mucho antes, Brigstock estaba en el bar, Fellowes hablaba tan afanosamente con la señora Castle que no se fijaba en nada. Nadie lo vio, salvo Wilson. Louise dijo:

— Otro día, querido. La señora Halifax me acaba de prometer

que llevará al señor Wilson al hotel después de pasar por nuestra casa. Quiero prestarle un libro.

Scobie sintió una gratitud inmensa por Wilson.

—Está bien —dijo—, muy bien. Pero quédese y tome una copa hasta que yo vuelva. Yo le llevo luego al hotel Bedford. No tardaré.

Descansó una mano en el hombro de Wilson y rezó en silencio: «Que ella no le trate como a un protegido; que no sea absurda; que conserve por lo menos a este amigo».

—No le digo buenas noches —dijo—. Espero verle cuando vuelva.

—Es usted muy amable, señor.

—No me llame señor. Usted no es policía, Wilson. Agradézcasele a su buena estrella.

## V

Scobie tardó más de lo que esperaba. Le retrasó el encuentro con Yusef. A mitad de la cuesta encontró el coche del sirio parado en el arcén, y a su dueño durmiendo tranquilamente en los asientos de atrás. La luz del coche de Scobie alumbró la cara grande y pastosa, el mechón de pelo blanco caído sobre la frente y los inicios de los muslos enormes en el prieto dril blanco. Tenía el cuello de la camisa abierto, y rizos de vello negro se enredaban en los botones.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Scobie, de mala gana, y Yusef abrió los ojos: los dientes de oro colocados por su hermano, el dentista, centellearon instantáneamente, como una linterna. «Si Fellowes pasa por aquí ahora, vaya historia», pensó Scobie. El subcomisario entrevistándose de noche, clandestinamente, con Yusef, el tendero. Prestar ayuda a un sirio era tan solo un grado menos peligroso que recibirla de él.

—Ah, comandante Scobie —dijo Yusef—, un amigo en un

momento de apuro es un verdadero amigo.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—Llevamos media hora aquí—dijo Yusef—. Han pasado algunos coches, y yo pensaba: ¿cuándo aparecerá el buen samaritano?

—No tengo aceite de sobra para sanar tus heridas, Yusef.

—Ja, ja, comandante Scobie. Muy buena frase. Pero si me llevara a la ciudad...

Yusef se acomodó en el interior del Morris, instalando un muslo amplio contra los frenos.

—Es mejor que el chico vaya detrás.

—Que se quede aquí —dijo Yusef—. Reparará el coche cuando comprenda que es la única manera de llegar a la cama.

—Cruzó sus manazas gruesas encima de la rodilla y agregó—: Tiene un automóvil muy bonito, comandante Scobie. Debe de haberle costado cuatrocientas libras.

—Ciento cincuenta —dijo Scobie.

—Yo le daría cuatrocientas.

—No está en venta, Yusef. ¿Dónde compraría otro?

—Ahora no, pero quizá cuando se vaya.

—No me voy.

—Oh, había oído decir que dimitía, comandante Scobie.

—No.

—Los tenderos oímos muchas cosas... Pero la mayor parte son bulos sin fundamento.

—¿Cómo van los negocios?

—Oh, ni mal ni bien.

—Lo que yo he oído es que te has hecho varias veces rico desde que empezó la guerra. Bulos sin fundamento, claro.

—Bueno, comandante, ya sabe cómo son estas cosas. La tienda de Sharp Town va bien porque estoy allí para vigilar. La de Macaulay Street no va mal porque la atiende mi hermana. Pero las de Durban Street y Bond Street no prosperan nada. Me engañan continuamente. No sé leer ni escribir, como todos mis compa-

triotas, y todo el mundo me engaña.

—Los bulos dicen que sabes llevar la cuenta de las existencias de todas tus tiendas.

Yusef rio entre dientes, halagado.

—No tengo mala memoria. Pero no duermo de noche, comandante Scobie. Si no tomo mucho whisky no paro de pensar en Durban, en Bond y en Macaulay Street.

—¿Dónde quieres que te deje?

—Oh, ahora voy a acostarme, comandante. A mi casa de Sharp Town, si es tan amable. ¿No quiere entrar a tomar un whiskicito?

—Lo siento. Estoy de servicio, Yusef.

—Ha sido usted muy amable al traerme, comandante Scobie. ¿Me permitiría mostrarle mi gratitud enviándole a su esposa una pieza de seda?

—Es exactamente lo que menos quisiera, Yusef.

—Sí, sí, ya sé. Es muy difícil lo de esos chismes. Y todo porque hay algunos sirios como Tallit.

—Te gustaría que Tallit no te estorbara, ¿verdad, Yusef?

—Sí, comandante. Sería beneficioso para mí, pero también para usted.

—Tú le vendiste aquellos diamantes falsos el año pasado, ¿no?

—Oh, comandante Scobie, no creerá realmente que me aproveché de una persona así. Algunos pobres sirios se vieron en aprietos por aquellos diamantes. Sería una vergüenza estafar a tu gente de esa manera.

—No deberían haber violado la ley comprando diamantes. Incluso algunos tuvieron la desfachatez de quejarse a la policía.

—Son muy ignorantes, los pobres.

—Tú no lo eras tanto, ¿verdad, Yusef?

—Si me permite decírselo, comandante Scobie, fue Tallit. Si no, ¿por qué insiste en que yo se los vendí?

Scobie conducía despacio. La tosca calle estaba muy concu-

rrida. Cuerpos negros, delgados, oscilaban como tómulas a la luz amortiguada de los faros de cruce.

—¿Hasta cuándo durará la escasez de arroz, Yusef?

—Sé tanto como usted, comandante Scobie.

—Yo sé que esos pobres diablos no consiguen arroz al precio reglamentado.

—Yo he oído, comandante, que no consiguen su ración gratuita si no dan una propina al policía de la puerta.

Era totalmente cierto. En la colonia había una réplica para cada acusación. Siempre había corruptelas más graves que denunciar. Los chismosos del secretariado cumplían una función útil: mantenían viva la idea de que no se podía confiar en nadie. Eso era mejor que la complacencia. Dando un golpe de volante para esquivar a un perro vagabundo, Scobie se preguntó por qué amaba tanto aquel lugar. ¿Porque allí la naturaleza humana no había tenido tiempo de disfrazarse? Allí nadie podía hablar nunca de un paraíso en la tierra. El paraíso se mantenía rígidamente en su sitio, al otro lado de la muerte, y a este lado florecían las injusticias, las crueldades, la mezquindad que en otras partes se silenciaban tan astutamente. Allí se podía amar a los seres humanos casi del mismo modo que los amaba Dios, conociendo lo peor: no se amaba una pose, un vestido bonito, un sentimiento artificialmente exhibido. Sintió un afecto repentino por Yusef.

—Dos males no hacen un bien —dijo—. Algún día, Yusef, te vas a encontrar mi pie en ese culo gordo.

—Quizá, comandante Scobie, o quizá lleguemos a ser amigos. Es lo que me gustaría más que nada en el mundo.

Aparcaron delante de la casa de Sharp Town y el criado de Yusef salió con una linterna para alumbrarle.

—Comandante Scobie —dijo Yusef—, sería realmente un placer para mí ofrecerle un vaso de whisky. Creo que yo podría serle muy útil. Soy un verdadero patriota, comandante.

—Y por eso amontonas algodón por si Vichy nos invade, ¿no

es cierto? Valdrá más que en libras esterlinas.

—El *Esperança* llega mañana, ¿no?

—Probablemente.

—Es una pérdida de tiempo registrar un barco tan grande en busca de diamantes. A menos que uno sepa de antemano dónde están exactamente. Usted sabe que cuando un barco vuelve a Angola, un marinero informa de los escondrijos donde ha mirado. Usted criba todo el azúcar de la bodega. Busca en la manteca de las cocinas porque una vez alguien le dijo al capitán Druce que un diamante puede calentarse y meterse dentro de una lata de manteca. Y por supuesto registra los camarotes, los ventiladores y los paños. Y los tubos de pasta dentífrica. ¿Usted cree que algún día encontrará un pequeño diamante?

—No.

—Yo tampoco.

## VI

Había un quinqué encendido en cada esquina de la pirámide de cajas de madera. Al otro lado del agua negra y lenta divisaba apenas el depósito naval, un carguero fuera de servicio fondeado, según se creía, en un arrecife de botellas de whisky vacías. Permaneció inmóvil un rato, respirando el olor denso del mar. A media milla de distancia estaba anclado un convoy entero, pero lo único que acertaba a ver era la sombra larga del barco depósito y una constelación de lucecitas rojas, como si hubiese una calle; del agua solo le llegaba el sonido del agua misma batiendo las escaleras. Nunca le fallaba la magia de aquel lugar: era el punto donde afirmaba el pie, en la frontera misma de un continente extraño.

Dos ratas peleaban en la oscuridad. Eran ratas de agua, grandes como conejos. Los nativos las llamaban cerdos y las comían asadas; el nombre ayudaba a distinguirlas de las ratas del mue-